

MUJERES OCULTAS, 1

*Si te gusta
la novela erótica,
éste es tu libro*

Tras una máscara

Stella Knightley

Tras una máscara

Stella Knightley

Traducción de Lara Agnelli

Esencia/Planeta

Título original: *The Girl Behind the Mask: Hidden Women: 1*

© Stella Knightley, 2013
© por la traducción, Lara Agnelli, 2015
© Editorial Planeta, S. A., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

© Imagen de la cubierta: Serg Shalimoff - Shutterstock

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-08-14479-3
Depósito legal: B. 14.789-2015
Composición: Tiffitext, S. L.
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain – Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1



Venecia, en la actualidad, enero del año pasado

Uno nunca olvida la primera vez que ve Venecia.

Al dejar atrás Inglaterra en el avión de las 7.40 que partía del aeropuerto de Gatwick, sólo podía pensar en lo mucho que echaba de menos mi cama. Había salido de casa cuando aún era noche cerrada. En el frío aire londinense se adivinaba la posibilidad de que fuera a nevar, pero ahora, tan sólo dos horas y media más tarde, estaba a la orilla del mar, a pleno sol.

El muelle que había junto al aeropuerto Marco Polo de Venecia no tenía nada que ver con la plataforma de la estación Victoria donde había tomado el tren lanzadera hacia Gatwick.

Aunque estábamos todavía en enero, la calidez de esos inesperados rayos de sol hizo que me desabrochara el abrigo y que me aflojara la gruesa bufanda de lana que pensaba que tendría que llevar hasta abril.

Levanté la cara hacia el cielo y dejé que la luz me bañara como si fuera un animal que acabara de salir de su madriguera tras la hibernación. Permanecí quieta, como en un sueño, permitiendo que el sol me calara hasta los huesos maltratados por el invierno hasta que me di cuenta de que la multitud que me rodeaba había vuelto a ponerse en movimiento para subir a un barco.

El ferry municipal con el casco pintado de amarillo cruzaba las someras aguas renqueando y dejando una espesa nube de

humo gris a su paso. Sin embargo, en ese momento nada podía enturbiar la belleza de la mañana. La luz del sol se reflejaba en el arenoso fondo de la laguna poco profunda, bañando el mundo con tonos amarillo limón, rosa y azul celeste. Encontré un sitio libre junto a una ventanilla salpicada de sal y, mientras mis compañeros de viaje atendían sus teléfonos, que no dejaban de sonar, yo observaba la vida sobre el agua. Un bonito taxi acuático pasó junto a nosotros a toda velocidad, como si de un pez volador se tratara. Sólo me dio tiempo de ver un segundo a sus ocupantes, que se estaban abrazando. Un momento de afecto para ellos; una pequeña punzada de angustia para mí.

A babor se alzaba una isla. Alargué el cuello y vi un embarcadero, una diminuta iglesia y una casa sencilla, con ropa tendida en el patio. Luego el ferry pasó frente a Murano, la isla donde los artesanos trabajan el cristal, tan cerca de la costa que casi podíamos ver el interior de las casas de los isleños.

Después pasamos frente a San Michele, la llamada «isla de los muertos», con los altos muros de su cementerio y los cipreses de aspecto triste. Todos los pasajeros bajamos entonces la mirada en señal de respeto, y en el ferry se vivieron momentos de introspección.

Y por fin llegamos a la propia Venecia. Estaba tan cerca que podríamos haber llegado a nado. Era exactamente como la mostraban los cuadros. Un batiburrillo de orgullosos *campanili*, ladrillos rojos, mármol blanco, cálida terracota y muros enyesados y pintados de color mostaza. Mil postes de madera se clavaban en el agua, marcando las rutas más seguras para llegar a tierra. Venecia debía gran parte de su éxito a que la laguna era muy traicionera. A lo largo de los siglos, muchos de sus enemigos se habían quedado atascados en las zonas poco profundas sin marcar.

¡Ahí estaba! ¡Por fin! Mi primera góndola. Quedé tan sor-

prendida al verla —era una góndola auténtica, con el elegante casco negro y el ornamento de hierro en la proa— que me volví para compartir mi alegría con alguien. Sin embargo, la visión era demasiado cotidiana como para que la abuela veneciana que viajaba a mi lado se entusiasmara.

—*Sì, gondola* —dijo la mujer, como si pensara que yo era un poco retrasada.

—*È la mia prima* —le aclaré.

Ella asintió y sonrió.

—*Sì, sì.*

La anciana sabía que no sería la última.

Cuando el capitán del ferry puso la marcha atrás antes de bajar la pasarela sobre el muelle, los demás pasajeros empezaron a recoger sus cosas, como si sintieran que el viaje había acabado. En cambio, al poner un pie en tierra y mirar a mi alrededor con la debida admiración, yo tuve la sensación de que el mío acababa de empezar.



—¡Sara Thomson! Bienvenida a Venecia, querida.

Reconocí a Nick Marsden, doctor en Historia, de la vez que lo había visto en la polvorienta sala común de los académicos en la Universidad de Oxford. Qué distinto se lo veía aquí, en Italia. El profesor se había librado de sus gastadas americanas de tweed con coderas y ahora llevaba puesta una chaqueta que revelaba una constitución atlética en la que no había reparado la primera vez que lo vi. Su única concesión a la estación invernal era la bufanda con los vivos colores de la universidad que llevaba al cuello. El pelo castaño, que en Oxford llevaba engominado hacia atrás, le caía ahora sobre la frente de un modo muy atractivo, ocultando a medias sus inteligentes ojos azules, y le confería un aire muy interesante. Se dirigió hacia mí sonriendo como si fuera una vieja amiga en vez de una molesta distracción, lo que tenía mérito, teniendo en cuenta que había llegado en domingo.

—¿Qué tal el viaje? —me preguntó.

—Bien, muy bien —respondí—. El vuelo salía muy temprano, pero...

—Pero ver Venecia por primera vez hace que se te olvide el madrugón y el cansancio, ¿verdad? ¿Qué te parece la *Serenissima* de momento?

—Es exactamente como la había imaginado —repuse—. Bueno, lo que quiero decir es que parece exactamente igual que en los cuadros de Canaletto del siglo xvii.

—¿A que sí? —Nick sonrió como si acabara de alabar un trabajo suyo.

—Pensaba..., no sé. Pensaba que habría más edificios modernos.

—Ah, Venecia es muy buena resistiéndose a los cambios —señaló él—, aunque ya verás que los setenta dejaron huella en tu apartamento.

—Estoy segura de que me encantará.

—Seguro, si te gusta el color marrón. Sígueme.

Nick insistió en llevar mis maletas mientras recorríamos lo que quedaba de camino hasta mi nuevo hogar. Al cabo de un rato me alegré de que fuera tan caballeroso. El apartamento propiedad de la universidad donde pasaría los meses siguientes se encontraba en el distrito del Dorsoduro. Logré memorizar el nombre de la estación de *vaporetto* en la que debía bajarme para llegar allí, pero después ya me perdí. Nick empezó a andar a gran velocidad subiendo y bajando puentes jorobados y adentrándose por un laberinto de callejas imposible de recordar.

—Luego te dibujaré el camino para llegar a la facultad en un mapa —me prometió mientras seguía andando delante de mí a toda velocidad y gritando nombres de calles que nunca acababa de entender del todo.

—¡Esto es un laberinto! —grité a su espalda.

—Con el tiempo te acostumbras.

Me pregunté cómo era posible que alguien se acostumbrara a Venecia. Las calles de la ciudad eran como el decorado de una película. Si no hubieran estado llenas de turistas del siglo XXI, habría pensado que había viajado en el tiempo.

A cada nueva calleja, algo antiguo y maravilloso captaba mi atención y me dejaba con la boca abierta. Nick no aflojaba el paso, así que tenía que correr para no perderlo de vista, resistiendo las

ganas de detenerme a contemplar las prometedoras pinceladas de mil y una cosas que iba a tener que examinar más de cerca.

—Ahí, a la izquierda, venden el mejor helado de toda Venecia —me indicó por encima del hombro—. A la derecha tienes un buen restaurante, aunque el dueño es muy desagradable.

Cruzó otro puente en tres pasos; sus piernas debían de ser el doble de largas que las mías. Se hizo a un lado para dejarle el camino libre a un cartero y su carrito. Luego estuvo a punto de acabar en el canal cuando se cruzó con una abuela que se balanceaba de lado a lado cargada con bolsas de la compra.

Finalmente se detuvo frente a un edificio de tres plantas pintado de un rojo violáceo. Los postigos, de color verde bosque, empezaban a descascarillarse.

—Y aquí está Ca' Scimmietta —anunció—. Te ayudaré a abrir la puerta. Cuesta un poco desatascarla. Es una de las cosas malas de Venecia: todas las puertas se atascan. ¡Dichosa humedad!

Nick se rio como si hubiera hecho un chiste muy gracioso y sacó la llave. Había una cerradura de latón en la puerta pero ya no se usaba. La habían jubilado y, aunque seguía en su sitio, la cerradura que abría ahora era moderna y prosaica. La vieja aldaba seguía también en su lugar. Mientras él se peleaba con la llave que no quería girar, apoyó la mano en la cara de un mono sonriente. La sonrisa hacía que tuviera un aspecto más humano que animal. Tenía el morro pulido, más brillante que el resto de la cara a causa de las cien mil caricias de las manos que habían llamado a la puerta a lo largo de los años.

—Ca' Scimmietta significa «casa del monito» —explicó Nick—. Aunque nadie sabe cómo vino a parar esa caprichosa criatura hasta aquí. Es evidente que la robaron de una mansión mucho más lujosa.

—Tal vez debería investigarlo. No hay nada que me guste más que un misterio histórico.

—Me recuerda un poco a mi abuela —repuso él, dándole un afectuoso golpecito al mono antes de abrir la puerta al fin usando una combinación infalible: soltar tacos en tres idiomas distintos mientras se propina un golpe a la puerta con la cadera—. *Voilà!* Dentro de un par de meses lo tendrás dominado.

Me imaginé con moratones en las caderas durante los dos meses siguientes.

Seguí a Nick al interior de la casa. El gran vestíbulo, de suelo empedrado, era bastante oscuro. Las paredes estaban cubiertas de arriba abajo con estanterías abombadas bajo el peso de los libros de texto: había libros de medicina, de matemáticas..., de todas las materias que uno se pueda imaginar.

—Puedes dejar un libro de los tuyos como contribución a la biblioteca de la casa —señaló Nick—. Aunque por una vez no estaría mal que alguien dejara un thriller. Por variar un poco.

Al igual que los estudiantes de medicina y de matemáticas antes que yo, había ido a Venecia a estudiar. Era estudiante de doctorado. En Londres había empezado a investigar acerca de la autopresentación de las mujeres en el siglo XVIII. Es decir, la imagen que las mujeres daban de sí mismas a través de sus diarios y sus cartas. Evidentemente, me refiero a las mujeres que habían tenido la suerte de recibir una educación que les permitiera escribir sobre sí mismas.

Mi investigación sobre una noble veneciana en concreto había llegado a un callejón sin salida. Esperaba encontrar mucho más material sobre su vida en la ciudad donde nació y vivió. Nick Marsden, un colega de mi especialidad que vivía a caballo entre Venecia y Oxford, se había mostrado encantado de ayudarme cuando se lo pedí. Sobre todo cuando le comenté que había obte-

nido una beca de investigación. En el mundo académico todo se mueve por dinero.

Ahora me estaba enseñando el apartamento propiedad de la universidad a la misma velocidad que había empleado para ir del *vaporetto* a la casa. No había exagerado al decir que los setenta habían llegado a Ca' Scimmietta. La cocina era marrón, estilo Conran temprano, y no faltaban siquiera los fogones de cerámica. El baño era de color aguacate, otro clásico de la época.

—Ahí hay un bidet —señaló Nick—, por si alguna vez sientes la necesidad de lavarte los pies. —Y siguió dando vueltas por la casa mientras indicaba todas las comodidades setenteras—. El calentador está en ese armario. Es muy temperamental. Si quieres darte un baño, será mejor que lo planees con tiempo. O que saltes al canal: el color del agua es muy parecido. La aspiradora. Yo creo que nunca llegó a funcionar. Hay una escobilla y un recogedor debajo del fregadero. La lavadora... En general, la ropa sale más sucia de lo que entra.

—Bien, bien —repuse—. No hay agua caliente, no hay aspiradora, no hay lavadora...

—Y tampoco te molestes en probar el microondas. Sólo está ahí para hacer bonito.

A pesar de todo, el entusiasmo de Nick hacía que vivir en un sitio tan caótico pareciera una gran aventura.

Ya sólo quedaba una habitación por ver.

—El dormitorio.

Nick abrió la puerta pero no entró. Se quedó en el pasillo, junto a la puerta, respetando la privacidad de la habitación en la que aún no me había instalado.

Siguiendo su ejemplo, en vez de entrar asomé la cabeza como si la estancia fuera de otra persona y sólo estuviéramos echando un vistazo.

—Caray —murmuré.

—Sí. Es alucinante, ¿no crees?

No pude responder. Permanecí en silencio mientras contemplaba la cama en la que iba a dormir durante los meses siguientes. Contrastando con la pesadilla setentera que era el resto de la casa, nadie había redecorado esa habitación en mucho tiempo. El centro de la estancia estaba ocupado por una enorme cama con columnas y dosel a la que no le faltaba detalle, ni siquiera las cortinas de terciopelo color bermellón. La estructura era de roble macizo tallado, que se había oscurecido a causa de las sucesivas capas de barniz.

—Es demasiado pesada para trasladarla —comentó Nick—. Gracias a eso, se salvó de ser subastada.

—Es increíble —dije finalmente, entrando en la habitación para acariciar una de las columnas con intrincadas tallas de animales que perfectamente podrían haber salido de la misma mano que había labrado el mono de la entrada.

Nick permaneció en la puerta.

—Bueno, espero que puedas descansar ahí —dijo—. Saber que todas esas criaturas me están mirando me provocaría pesadillas.

—Gracias.

Pero él ya estaba volviendo a la cocina.

—Te he traído provisiones. Espero que no seas vegetariana.

Por suerte, no lo era, ya que básicamente Nick había traído fiambres.

—Obviamente, puedes conseguir pescado casi en cada esquina. Hay un puesto de venta en la plaza de Santa Margarita, el campo Santa Margherita, como la llaman aquí. Y puedes comprar frutas y verduras en un barco que pasa vendiendo y se detiene junto al puente de San Bernabé. Te caerá bien el verdulero. Es un ligón empedernido.

Nick también había traído consigo una botella de prosecco.

—¿Un brindis para celebrar tu llegada a Venecia? —preguntó, mostrándome la botella mientras la agitaba a un lado y a otro.

—Supongo que ya casi es la hora de comer.

—Buena chica.

Tras servir el vino espumoso en dos vasos pequeños, brindamos por mi llegada y nos sentamos a discutir mi futuro profesional de un modo relajado. Tres horas más tarde, después de que Nick se hubiera acabado casi todas las provisiones y de que hubiéramos dado buena cuenta de la botella de prosecco, por fin pude disfrutar de mi nueva casa en soledad.

Fui al dormitorio y abrí las persianas metálicas. A la luz de la tarde, la cama no ofrecía un aspecto tan gótico, aunque resultaba imposible ignorar ahora la impresionante capa de polvo que la cubría. Me asomé a la ventana de mi nuevo dormitorio para disfrutar de las vistas. Al otro lado del canal, un ama de casa veneciana estaba barriendo su trozo de calle, apilando la basura junto a la entrada de la casa vecina. Un elegante caballero de edad que paseaba a un perrito blanco se desvió de su camino para esquivar a la mujer que barría. Una pareja joven, turistas obviamente a juzgar por sus anoraks de colores y sus enormes mochilas, se detuvieron para sacarse autofotos con el puente jorobado de fondo. Al ver cómo se besaban, sentí un nudo en el corazón.

Tenía la idea de que, al no haber coches, Venecia era una ciudad tranquila. Pero, al menos desde donde yo me encontraba, me di cuenta de que no tenía nada de silenciosa. Los vecinos charlaban entre sí. Los taxis recorrían los canales. Se oían estudiantes cantando que debían de estar en los bares del campo Santa Margherita, que quedaba detrás de la casa. Y cada cuarto de hora sonaban campanadas que parecían llegar desde todos los rincones de la ciudad. Además, el agua distorsionaba todos los sonidos.

Había ecos extraños. El aire parecía vibrar.

Agotada por el madrugón y algo aturdida por el vino de la improvisada comida que había compartido con Nick, me tumbé sobre la polvorienta cama y escuché los sonidos de la ruidosa y dinámica ciudad.

De pronto, Londres y su tristeza quedaron muy lejos, cosa de la que me alegré. Después de todo, no había ido a Venecia sólo a investigar, sino también para curar mi corazón roto.